

GERARDO DE LATORRE

MORDERÁN EL POLVO

Nunca me he ido a la cama con una mujer fea, pero he despertado con algunas horribles.

Se hablará aquí de Gladys, a quien recluté la noche de una tarde en que, hartado de trabajar en el guión de una historieta y beber en solitario vodkas con agua quinada, tomé un taxi y pedí al chofer que me llevara a La Bella Irene, en la calle Izazaga.

La Bella Irene es un saloncito infame, angosto, mal iluminado, con incómodos compartimientos de madera pintados de color de rosa



Edgar Pérez González ronda los cincuenta años de edad. Es viudo, regordete y se mueve en el mundo que ha creado para sí: mediocre y sin mayores sobresaltos gracias a su trabajo de historietista y guionista de fotonovelas. Ello hasta que empieza a conocer a mujeres, en su mayoría más jóvenes que él, que llegan a su vida de una forma tan insospechada como sus crueles y trágicas desapariciones, y que comparten el gusto enfermizo por convertirlo en un personaje patético, indigno, fracasado y que sólo sirve para dar cierta seguridad a su pareja en turno. Con *Morderán el polvo*, Gerardo de la Torre logra por medio del humor negro inscribirse en esa preciada y ácida tradición de la literatura mexicana a la que pertenecen Rodolfo Usigli, Rafael Bernal y Jorge Ibargüengoitia.

Índice de contenido

Cubierta

Morderán el polvo

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Epílogo

Sobre el autor

Para Yolanda, José y
Salma Gabriela

*Hegel dice en alguna parte
que todos los grandes hechos
y personajes de la historia
universal aparecen, como si
dijéramos, dos veces. Pero
olvidó agregar: una vez como
tragedia y la otra como farsa.*

*Karl Marx, El Dieciocho
Brumario de Luis Bonaparte*

UNO

Nunca me he ido a la cama con una mujer fea, pero he despertado con algunas horribles.

Se hablará aquí de Gladys, a quien recluté la noche de una tarde en que, harto de trabajar en el guión de una historieta y beber en solitario vodkas con agua quinada, tomé un taxi y pedí al chofer que me llevara a La Bella Irene, en la calle Izazaga.

La Bella Irene es un saloncito infame, angosto, mal iluminado, con incómodos compartimientos de madera pintados de color de rosa encajados en dos de los tres muros. El tercer muro lo ocupa una barra de madera basta y frente a ella se alinean bancos altos. A veces me instalo en uno de los bancos, exijo un vodka con quina y cáscara de limón y converso con el cantinero.

Para un escritor que se pasa las horas inventando historias y poniéndolas en papel, para un solitario que se acerca a la línea de los cincuenta años, es indispensable hacer vida social. Y mi vida social, en los últimos años, se reduce a líquidas reuniones con los compañeros del oficio y ocasionales visitas a La Bella Irene. Aquí, amparado en las sombras, no me limito a la charla trivial con el cantinero. A veces prefiero hundirme en uno de los compartimientos acompañado por alguna de las muchachas que acuden al lugar con intención, las malvadas inocentes, de servir a su prójimo y, si se puede, ganar algún dinero acostándose con los clientes.

Frecuento ese lugar de unos diez años a esta parte, pero sólo en temporadas de secas, cuando me veo privado de la dulce compañía de las mujeres que han formado parte de mi vida. A su tiempo hablaremos de Dolores y las demás, pero es momento de referir lo de Gladys.

Aquella noche —que con seguridad puedo fechar entre Ausencia y Soledad, mujeres de las que se referirán no pocas cosas— elegí uno de los compartimientos. La historia que escribía no acababa de tomar forma, así que solicité un vodka polaco y me puse a trazar palabras y garabatos en un cuaderno. No deseaba compañía, de modo que rechacé las sonrisas y las cortísimas faldas de Pilar y Mariana; en cambio, acepté unos vodkas más. El argumento se resistía a cuajar y, bajo el efecto del alcohol, las palabras comenzaban a cambiar de sitio y de significado. En ese momento justo apareció Gladys, una morena delgada de ojos tímidos, rostro anguloso y labios gruesos. Llevaba un vestido rojo muy apretado que los pechos pugnaban por abandonar. Me preguntó si le invitaba una copa y terminé por invitarle cuatro o cinco de anís, mientras bebía yo un número semejante de vodkas y no dejaba de plantearle el escabroso problema del detective encadenado a una columna de concreto mientras el asesino, al lado, afilaba la navaja para arrancarle la piel a tiras. Al final, con el asunto sin resolver pese a las tímidas sugerencias de la muchacha, tomé un taxi y conduje a Gladys a mi departamento en la colonia Roma Sur.

No era esa mi intención. Sólo deseaba ponerla en un auto y olvidarla, pero en la calle, a la luz de las lámparas mercuriales, la muchacha adquirió una belleza inusitada. Su piel morena se hallaba bañada por la gracia de cierto tinte oliváceo, los gruesos labios despertaban el apetito y los pechos, firmes y de buen tamaño, reposaban en mis manos. Veinte minutos después nos metimos a la cama. Debo confesar que Gladys se vio obligada a desvestirme, pero fue ese el único contratiempo. A la hora del sexo prevaleció mi

virilidad, pues un efecto secundario de los vodkas en mi organismo son erecciones prolongadas, no más de tres ni menos de dos a lo largo de una noche.

Cuando desperté, avanzado ya el día, ocurrió un terremoto. Fui a preparar café y en el trayecto sentí que la casa entera y el alma se me agitaban. Los sismógrafos no parpadearon ni una décima de milímetro, pero supe que tenía la solución del caso policiaco. Un terremoto. La columna de concreto se hacía polvo, el detective se liberaba y el asesino, derribado por un pedrusco, era atrapado. Solté una carcajada, preparé el café y me dispuse a trabajar. Metí papel en la máquina de escribir (no trabajaba todavía en ordenador) y en ese momento escuché una voz intrusa, advenediza: ¿Cómo amaneciste, corazón?

Se me erizó la piel entera y con lentitud, sobresaltado, me volví. Era Gladys. Cómo pude olvidarla, cómo logró pasar inadvertida, oculta quizás entre las sábanas revueltas o bajo la cama. Allí estaba de carne y hueso, sonriente, ataviada únicamente con la camisa que traía yo puesta la noche anterior.

De un vistazo aprecié su estampa lastimosa. La piel cenicienta, granulosa y con abundantes cicatrices de acné; zambas y muy velludas las flaquísimas piernas; caídos los pechos escuetos que tuve entre mis manos; y los labios, aquellos adorables labios gruesos que con seguridad besé una vez y otra, mantenían sus jugosas dimensiones, pero se veían agrietados, toscos y sobrepuestos a unos dientes torcidos. No exagero. ¡Qué horror!

No fue la primera ni la última vez que sufrí encantamientos. Así como don Quijote —de quien ha tiempo comprendí qué clase de hechizos padecía— divisaba ejércitos y gigantes donde no había sino rebaños y molinos de viento, hallaba yo cuerpos bendecidos con belleza y gracia donde no había más que imperfecciones y vacuidad. Como esta Gladys, otras, sus semejantes, antes y después de ella aparecieron en mi cama con diferentes nombres y descripcio-

nes que me ahorro para no abundar en un catálogo de espantos y repugnancias. Pero es hora de decir adiós a Gladys y dar la bienvenida a Dolores.

Conocí a Dolores en la Facultad de Letras. Era muy blanca, pelirroja, de ojos grises y tenía diecinueve años. Yo le doblaba la edad, pero eso, cuando menos al principio, no parecía importarle. Comenzaba ella a estudiar letras hispánicas con el propósito de escribir novelas y yo, que años antes había abandonado la carrera de medicina, estaba tomando un cursillo de composición dramática. La tarde del primer encuentro no había asistido el dramaturgo que daba el curso y me hallaba bebiendo café y leyendo una novela policiaca en el cafetín de la Facultad. Entró Dolores, fue derecho a mi mesa y se sentó. Sin pedirlo tomó un cigarro de mi cajetilla y lo prendió con mi encendedor.

—Soy Dolores —dijo tras saturarse de humo el sistema respiratorio.

Había echado en la mesa un morral guatemalteco lleno de libros y cuadernos. Erguida, me clavó la agresiva mirada. La contemplé morosamente. Era una mujer fina y bella. Vestía un suéter negro de cuello alto y jeans deslavados, muy justos, que permitían apreciar su magnífica conformación músculo esquelética.

Transcurrieron varios minutos, fumando ella y yo mirándola azorado, en éxtasis. No alcanzaba a imaginar qué razones la llevaron a sentarse a mi mesa, pues —regordete y de rala cabellera como soy desde siempre— nunca he sido del tipo que atrae a las mujeres. Las demás mesas estaban ocupadas por muchachos y muchachas de su edad que discutían vehementes, jugaban dominó o se echaban las cartas del Tarot, y sin duda entre tantos no le faltaban amistades.

—¿Eres maestro? —preguntó al fin.

Negué moviendo la cabeza, negué de modo semejante cuando inquirió si era alumno o empleado, y repetí el movimiento al preguntarme ella si esperaba a alguien. Colocó entonces los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, y me miró no supe si con simpatía o compasión.

—¿Qué te pasa? —interrogó de nuevo—. ¿Eres mudo?

—No, no, para nada —logré musitar—. Lo que sucede es que...

Estuve a punto de decir que su magnífica presencia me intimidaba, pero cambié de rumbo a tiempo.

—Me llamo Edgar —dije—, Edgar Pérez González. A tus órdenes.

Y le invité un café.

—Mejor invítame una copa —dijo imperativa.

Quince minutos después estábamos en el Sanborn's de San Ángel. En el trayecto, que hicimos en su Chevy Nova dorado de modelo reciente, me fue naciendo la ilusión absurda de algún día poseerla, a la vez que comenzaba a envenenarme el alma una premonitoria sensación de catástrofe.

En el bar, Dolores ordenó vodka para los dos y no me atreví a decir que detestaba el vodka. Apenas se alejó el mesero mencioné como de pasada que algunas cosas las firmaba como Edgar Porter.

—¿Eres escritor? —preguntó con sincera curiosidad.

Asentí y, sin conferirle importancia al asunto, revelé que me ganaba la vida escribiendo guiones.

—Algo de televisión, algo de cine, historietas. Y ahora estoy intentando escribir teatro.

No dije que lo de televisión consistió en un par de libretos que escribí para un sistema cerrado de capacitación de vendedores de seguros —retribuidos con un seguro médico por un año que nunca utilicé— y lo de cine media docena de diálogos puestos en la película casera de un amigo. ¿Teatro? Me callé que había escrito unas cuantas escenas para el curso que llevaba. En esa época mi asunto eran las

fotonovelas y las historietas, pero las mencioné como algo incidental, alimentario. Más tarde supo Dolores de mi viudez, de mis inacabados estudios de medicina, del trabajo burocrático que abandoné para dedicarme a escribir y de mi lacerante soledad.

Al cabo de tres vodkas sabíamos todo el uno del otro, hasta donde era necesario saberlo. Ella, hija única de un notario, lo que más deseaba era renunciar a las comodidades que le ofrecía papá: esquiar en Aspen, veranear en Mallorca, auto del año, sirvientes, tarjetas de crédito. Su acto de rebeldía más relevante, hasta ese momento, había sido negarse a la universidad privada, en el extranjero tal vez, e ingresar a la Autónoma de México.

Me abstuve de declarar, porque hubiese echado a perder la noche, que sus renunciadas estaban cercanamente emparentadas con mis aspiraciones.

Era Dolores una mujer excepcionalmente bella y yo, desde la muerte de mi esposa varios años atrás, me había convertido en un ermitaño que sólo tenía trato carnal con prostitutas y, sin melindres ni remordimientos, frecuentaba la masturbación. Razones suficientes para que al borde del quinto vodka me asaltara un deseo inmenso de besar aquellos labios, de acariciar la larga cabellera de un rojo encendido, de averiguar si el vello púbico de Dolores ostentaba idéntica coloración. Sin darme cuenta, me hallé asido a una de sus blancas y delgadas manos.

—Te amo —le dije—. Te amo como nadie ha amado jamás, Dolores.

Y ella echó a reír con carcajadas estruendosas y vulgares que me parecieron incompatibles con su apariencia de mujer educada.

Dejé en paz aquella mano blanca y con aire solemne volví al vodka y bebí con la mirada puesta en la eternidad. Dolores dejó de reír y con la mano liberada comenzó a agi-tarme la cabellera.

—No te pongas así. Estás loco, cómo vas a amarme si apenas nos conocemos.

Asentí, pero ella no sabía cuán lejos estaba de la verdad. La amaba. En dos horas y media había pasado de la más absoluta inopia emocional a un profundo cataclismo del espíritu. No por causa del cuerpo maravilloso ni de los ojos grises ni de la roja cabellera —aunque desde luego el misterio de la coloración del vello púbico era un incentivo—, sino por la alegría y la displicencia con que Dolores enfrentaba los vodkas, la semántica y la fortuna de papá.

Bebimos un vodka más, pagué la cuenta y la acompañé a su Chevy, con la esperanza de que en el último momento decidiera llevarme a mi departamento, qué le costaba. Y ya ante la puerta del edificio, la invitaría a pasar unos momentos con el pretexto de mostrarle algunos de mis poemas, sabiendo que su fuerte era la narración. Mis lamentables poemas de juventud, olvidados en el fondo de una caja con papeles inútiles. Y luego, ¿qué le ofrecería de beber? No disponía de vodka, porque en aquella época tal licor no se hallaba entre mis preferencias. Almacenaba cervezas, ron, algo de güisqui. Pero Dolores acabó de golpe con mis preocupaciones. Subió al auto y agitó la mano diciéndome adiós. Echó a andar el motor. Yo permanecía mudo, mirándola extasiado. Pidió mi número telefónico y se lo proporcioné. Lo anotó. Se fue y creí que para siempre.

Dos días después volví a la Facultad a mi pequeño curso de dramaturgia. Me presenté con una hora de anticipación, vagabundeeé por las aulas, me di una vuelta por el café, eché una mirada en el estacionamiento tratando de descubrir el Chevy Nova dorado. Nada. Llegó luego nuestro guía teatral y a lo largo de hora y media escuché, desde ámbitos lejanos, la lectura de escenas que no me interesaban y juicios críticos que ni quería ni podía entender.

—¿Qué piensa usted, Edgar? —me preguntó el maestro al terminar la lectura de un texto. ¿Por qué tenía que preguntarme a mí?

Se trataba de una escena entre amantes, padre e hija, que trasladé, apenas comenzada, a una situación entre Dolores y el notario su padre. No que imaginara a la pelirroja enredada entre las piernas flacas y blancuzcas de papá —debo confesar que por un momento así visualicé las extremidades inferiores del viejo, a quien además le inventé vejez prematura y calvicie y un hígado cirrótico—, sino viéndola desafiar la amenaza de desheredarla.

El dramaturgo me había tomado desapercibido. Titubeé, tosí, produje un par de gruñidos y me incliné a atarme los cordones de los zapatos.

—Creo que es un acierto presentar el incesto como acto supremo de rebeldía —dije al fin, porque nada más se me ocurrió.

—Aclárenos eso —exigió el profesor.

—Parecería que el incesto —expliqué con lo primero que me vino a la cabeza— nos pone ante un caso de sumisión de la hija, que bien puede deberse a un estado patológico y eso no cambia las cosas. Pero consideremos que hoy día en las sociedades avanzadas florece un cambio positivo en la condición de la mujer. Es decir, a una mayor libertad en la decisión sobre el uso del cuerpo, a una mayor libertad en las decisiones sobre la propia sexualidad, corresponde una más equitativa división de poder entre las partes que componen la pareja. De este modo, si la hija, como hija, padecía un sometimiento indiscutible, como amante asume una condición de igualdad o pudiera ser que hasta de dominio. Desde luego, no tengo muy clara la intención del autor, pero...

—¡De la autora! —me interrumpió la voz violenta de una mujer.

Y con toda razón. Había olvidado, y diré mejor que pasado por alto, que fue ella la lectora de la escena que dio pie a mi absurdo comentario. Pero una vez que estableció su derecho autoral, me sonrió. Era una cuarentona de as-

pecto apacible y sin prendas recordables, de modo que su sonrisa no me produjo emoción.

—Por favor, siga usted —dijo la mujer a continuación.

—Lo lamento —repuse—, pero he perdido el hilo del discurso.

Lo que había perdido era toda gana de hablar y de escuchar y de hallarme en ese sitio. Sólo me interesaba abandonar el aula, despojarme de saco, camisa y corbata y salir al patio a gritar el nombre de mi amada.

Soy un cobarde. Lo único que hice fue inclinar la cabeza, colocar dos dedos sobre mi frente y aparentar un estado de intensa meditación. Alguien, más tarde, me dijo que fue una lástima que no concluyera la disertación.

Acabó al fin la clase, me eché a andar por los pasillos y desemboqué en la cafetería. Ni rastro de Dolores. Bebí un apresurado café y después recorrí sin fortuna el estacionamiento. De haber hallado el Chevy Nova me habría sentado en el cofre y aguardado hasta la dulce aparición de su propietaria. Sólo mucho más tarde me enteré de que el auto de los primeros vodkas era uno de los cuatro que usufructuaba la familia. Y la pelirroja usaba generalmente un MG blanco descapotable.

Eran los primeros días de octubre y las noches comenzaban a enfriar. Tomé un autobús en la avenida de los Insurgentes y media hora después descendí en el cruce con Baja California. Eché a andar por esta calle, doblé en Manzanillo y en la esquina con Bajío entré a una taquería. Cuatro de maciza, dos de cuerito y dos de cachete. De ese tamaño era mi pena. Después crucé la calle, subí tres pisos en el ascensor y en mi departamento, el 302, me serví un trago de la botella de Wyborowa que había comprado esa mañana, pues repentinamente me había vuelto aficionado al vodka. Después del segundo trago eché a llorar. Después del tercero me dormí. Tenía una erección formidable, pero la dejé en paz en homenaje a Dolores.